

deseo para llegar á la ciencia; y sin tener nociones primeras, y por consiguiente sin preparacion debida, subia con empeño á las mas altas cimas del saber, y se precipitaba y caia con estruendo, imposibilitado de alcanzar su principal objeto y de tocar la querida meta. Ya en Paris, comprendió que nada podia esperar de la inspiracion sobrenatural, y que nada podia conseguir con súbitas y fragmentarias intuiciones. Para el objeto de instruirse con alguna profundidad en las ciencias, habia menester sujetarse á los enlaces del método y á los rigores del estudio. No podia pasar de una esfera del saber á otra esfera del saber sin la preparacion conveniente. De las primeras letras debia subir á la gramática latina, de la gramática latina debia pasar á las artes menores, de las artes menores á la filosofía, de la filosofía, por fin, á los altos estudios teológicos y á la suprema ciencia divina. Y por muy santo que fuese, por muy asistido del divino espíritu que se imaginase, imposible prescindir de las leyes naturales, ni burlar el tiempo, el trabajo, el esfuerzo, el método, la serie, todas las leyes de la lógica, tan reales como las leyes de la naturaleza. Así, la sujecion á la vida escolástica, la frecuencia de las cátedras, el empeño en los estudios, la indispensable admision de un método, el reconocimiento de que las inteligencias se desarrollan como los cuerpos, todo cuanto le sucedia demostraba que las leyendas ni eran como allá en su fantasía las imaginára, y que los prodigios y los milagros iban poco á poco desapareciendo y ahuyentándose del mundo erizado á la continua de dificultades y de peligros y de horrores que solo se conjuran por los argumentos del raciocinio y por los esfuerzos del trabajo.

La vida de San Ignacio prueba que han pasado por completo los tiempos de la fantasía é iniciándose y sobrevenido los tiempos de la razon. Ya no se cuajará en torno suyo la leyenda por ejemplo, que se cuajó en torno del penitente de Asís. Los lobos de las cavernas y de las selvas no irán, amansados por su virtud sobrenatural, á lamerle, de rodillas, las manos; las flores del campo, no le ofrecerán á una, coronadas de rocío, las mieles de su poesía; las aves del aire no le prestarán no, con sus arpadas gargantas gorgeos para componer sus himnos religiosos; los ángeles del cielo no bajarán á darle sus alas de luz para subir á la gloria y sentarse á la diestra de Cristo como una hipotaxis mas de la divinidad; ningun platónico del gènio

y del valor de San Buenaventura convertirá su vida en Evangelio y ningun poeta como Dante su historia en poemas; no alzarán los arquitectos seráficos iglesias aéreas parecidas á odas caladas sobre su sepulcro, ni mojarán los pintores giottistas los santos pinceles en el iris de sus ideas benditas para trazar los cuadros mas cristianos y místicos de la pintura moderna: la razon fria reemplaza tristemente al entusiasmo y al deliquio; el inquisidor severo levanta su autoridad entre las expansiones del alma y las confianzas del Empíreo; las ideas se allegan por el estudio, y el estudio se sujeta necesariamente al método; todo idealismo choca y se rompe con tristeza en las prosáicas realidades sociales; todo milagro se desvanece y disipa en los raciocinios de la crítica; una organizacion militar sucede á la comunidad angélica de los espíritus bienaventurados; pues así como la órden de los franciscanos muestra que la Iglesia toca en su zenit, la órden de los jesuitas muestra que la Iglesia propende y se aproxima tristemente á su ocaso.

Así, la historia de San Ignacio comienza por necesidad á sustituir el cálculo y la prosa con todas sus realidades á los antiguos entusiasmos frustrados y á las antiguas idealidades fallidas. Todas sus aventuras estaban como rotas en su experiencia y todas sus aspiraciones como frustradas por la irresistible oposicion del mundo. No habia querido el Señor, á pesar de sus llamamientos, darle de una vez la clave de los misterios y el secreto de las ciencias; para predicar necesitaba el infeliz aprender, y para aprender, necesitaba el trabajo, el esfuerzo, la vigilia, el estudio, como cualquiera de los últimos mortales. Á mayor abundamiento no le dejaban libre y en sosiego, ni las heridas de sus piés, ni los achaques crónicos de todo su cuerpo. Los dolores de estómago le atenaceaban á la continua, y los aires de Paris le eran muy contrarios y malsanos. Á lo mejor, la flaqueza del cuerpo, sobreponiéndose á la fuerza de la voluntad, no solo interrumpia el acto de sus penitencias, sino que cortaba el hilo de sus estudios.

Nada mas original en edad ya tan madura que su carrera literaria. A pesar de lo mucho que se afanara en Barcelona, vióse obligado á reformar lo aprendido de lengua latina, oyendo en el colegio de Monte-Agudo buenos maestros de letras humanas en dos años seguidos. Hasta 1530, es decir, hasta la edad de treinta y ocho años, no pudo alcanzar el grado de maestro,



equivalente á nuestro grado de bachiller en filosofía. Cuarenta y cinco años contaba cuando llegó al término de sus estudios teológicos. La realidad se impuso con su imperio al ánimo fortísimo de aquel hombre, incapaz de vacilaciones y desmayos; y le mostró cuán contraria es la pobreza del estudio y cuán triste la solicitud de buscar el pan diario, cuando los problemas de la ciencia embargan el entendimiento, y la necesidad de atender al cuerpo impide la atención y cultivo del espíritu. Su antes indómita voluntad, que se precipitaba con los impulsos y bravura de un torrente, desde las altas cimas del idealismo, sustituyóse con la discreción prosáica que tasaba y medía todos los tiempos y todos los esfuerzos requeridos por la naturaleza del estudio. Las enfermedades mismas, que menoscabaron su salud, llamáronle á una exquisita prudencia.

Durante los doce años de sus estudios, daba largas treguas á sus ejercicios, á su meditación consuetudinaria y á sus antiguas contemplaciones místicas. Escarmentado en cabeza propia, cercenaba de sus ocupaciones religiosas todo cuanto no creía imprescindible y necesario á ofrecer diariamente á Cristo un pleito homenaje. Temeroso de que las visitas del espíritu divino y las propensiones á la meditación estática le divirtieran del estudio, concertóse con el maestro Fabro para que á la hora de cátedra no le hablasen de cosas celestiales, pues si las oía de algún modo, entraba en pláticas y coloquios, engolfándose tan adentro del Océano ideal, que se le pasaban muchas horas sin volver á la orilla con grave detrimento de sus prolijos estudios y daño de su larga y procelosa carrera. La paz del alma y la paz del cuerpo entraban juntamente, á esta sazón de su historia, en aquella vida tan alterada por la tormenta de continuo. Y como un amigo le hablase de tal beatitud, diciéndole como tras la tormenta viniera la bonanza, y los que antes le devoraban vivo se hacían ahora lenguas de su persona y de su vida, contestó Ignacio que sus enemigos callaban porque también él callaba, y quedos estaban porque también él estaba quedo. Pero en cuanto volviese á decir una palabra los abismos se reabrirían para tragárselo y hundirlo en lo profundo.

No dejaba con todo esto Ignacio de atender á su obra capital, que consistía en allegar discípulos y partidarios decididos en pró de sus doctrinas, para que siguiesen sus ejercicios y practicasen su vida, tal como allá en Manresa lo

preconcebió y trazó, todo á imitación de las historias piadosas y de las leyendas místicas. En el paso de sus estudios gramáticos á sus estudios filosóficos, encontró algún vagar, y consagrólo con gusto, no á los esparcimientos tentadores en tan grande ciudad, á la captación de almas que modelar en su doctrina y en su ejemplo. Muchas gentes le oyeron, muchas practicaron los cánones de su escuela y los ejercicios de su alambicado misticismo. Siempre que Ignacio acometía tales empresas, notábase, así en los salones universitarios como en las fiestas mundanas. Las aulas y los bailes se hallaban menos concurridos; la sociedad perdía gente y las ganaba el asceta retiro. Difícil en tan grandes capitales tal apartamiento sin suscitar muchas enemigas y protestas de amigos, camaradas y deudos. Había, por aquel tiempo, en la Universidad nobles mancebos castellanos, los cuales llevábanse tras sí las almas, ganándose la amistad de los franceses y el amor de las francesas con su apostura de cuerpo y su generosidad de alma. Ricos, dispendiaban su fortuna en fiestas y placeres; valerosos, asistían los primeros á las pendencias y cuadrilladas; inteligentes, ornaban con sus estudios las aulas, amorosos, encendían el corazón de las mujeres; y su presencia se contaba entre los principales florones de aquella madre Universidad y de aquel estruendoso París. Pues, á lo mejor, desaparecían, dejando en el mundo lugares bien vacíos y bien difíciles de llenar con otros que no fueran de su prestancia y de su gusto. Por muchos días el apartamiento y la soledad eran tales que los imaginaban las gentes devorados por esos centros de perdición frecuentísimos y numerosos en las grandes y populosas capitales de aquel tiempo. Quién, corría por las orillas del Sena, creído de que se cayeran sus compañeros ó sus amigos al agua; quién iba por los barrios más hondos y más abyectos á ver si allí se habían perdido. Escudriñadas zahurdas y escudriñados garitos, no parecían ninguno, cual si del mundo hubieran desaparecido. Y en efecto, á lo mejor, aquellos riquísimos nobles reaparecían mendigando de puerta en puerta, pálidos, demacrados; con los achaques de una vejez prematura traída por los excesos de una maceración exagerada; con la color amarillenta, con la piel rugosa, con la vista extinta, como si hubieran ido al otro mundo y volvieran tras enterrados y podridos, almas en pena y en tormento, á una expiación sobre la tierra.



La indignacion no tenia límites en cuantos les habian amado con fervor y asistido en sus correrías estudiantiles, y visto en la expansion juvenil de sus almas. La colonia española, pues tambien existia entonces, no se consolaba fácilmente de la triste ausencia de todos aquellos jóvenes, los cuales fueran su gloria y su ornamento. Los varios deudos y parientes suyos alborotáronse mucho mas que todo el resto de los á sus personas devotos, y se propusieron redimirlos de cautiverio tan triste. Bien pronto les enteró la fama de que aquellos jóvenes habian ido al hospital de Santiago, llamados por la voz persuasiva y el ejemplo imperioso de Ignacio. Corrieron, pues, al sitio de su retiro, como pudieran correr á redimirlos de un cautiverio y á sacarlos de un verdadero naufragio. El hospital vióse bien pronto invadido de gentes, que persuadian á los recién conversos á que dejaran aquella vida tomada por los antojos de un hombre, á quien su vanidad incurable habia hecho perder de todo en todo la cabeza. Ningun recurso perdonaron. Acabadas las súplicas, agarráronse con furor á las amenazas, diciéndoles que no podian disponer así de sus personas y de su vida, sin caer bajo las leyes francesas y hacerse reos verdaderos de la justicia. Los jóvenes, á quienes Ignacio sorbiera el seso, no atendian á súplicas ni se intimidaban por las amenazas. Habiendo puesto en obra la suma de preceptos contenida en los ejercicios, llegaban, y muy naturalmente, á la indiferencia estóica, propia del jesuitismo. Por consiguiente, desoyeron á sus amigos y se aislaron á una en sus respectivas celdas, remedo anticipado del sepulcro. Las puertas del hospital giraron sobre sus goznes y opusieron su clausura terrible al porfiado empeño. Viéndose de tal suerte desairados, y en medio de la calle, no desistieron, no, de su porfía, y arremetiendo á la fortaleza del edificio y vibrando las armas en sus manos, rompieron las puertas con furor y sacaron á los reclusos, llevándoselos por fuerza y como maniatados, al distrito de la Universidad, centro de sus ocupaciones y de sus estudios.

El asunto creció en tales y tantas proporciones que Ignacio fué delatado á la Inquisicion de Paris. Nada menos que Pedro Ortiz, insigne letrado español, movido de la novedad de aquella doctrina y temeroso del peligro que tal novedad podia traer, pidió el exámen de propósito y la definitiva sentencia. Los perseguidores del santo en España levantábanse, como de un

resorte movidos, en Francia tambien. La doctrina tradicional tenia toda novedad, fuere cual fuere su sentido. No estaba la Inquisicion francesa en los términos de la Inquisicion española, y no tenia el carácter exagerado y violento de la nuestra. Por consecuencia, dió largas al negocio y lo dejó arrinconado. Ignacio, cuyas ideas, como hemos dicho, habian cambiado mucho, parte por la edad, parte por la experiencia, parte por el estudio, no aceptaba las persecuciones en este tiempo, como visita del cielo, cual en otro tiempo las aceptó y aun bendijo. Creía que habitando tierra extraña, debia ir mas á la mano en cosas concernientes á la honra, si no por sí mismo, por sus compañeros y por sus amigos, quienes libraban á una en él su nombre y su conciencia. Presentóse, pues, al inquisidor de este tiempo, gravísimo teólogo llamado Maestrori, dominicano ilustre, y le dijo que no anduviese con paños calientes y componendas, sino que profundizase su doctrina y vida, en la seguridad completa de que estaba él para toda defensa formal apercebido y aparejado en su libre y limpiísima conciencia. Aseguróle con verdadera dulzura el inquisidor que, si bien los españoles fueron á delatar su vida y denunciar su enseñanza, él, persuadido de la pureza de una y otra, se habia hecho sordo á la delacion y á la denuncia, y por lo mismo, no podia tener el padre Ignacio ningun fundado recelo.

Resolvió partirse de nuevo á España para el arreglo de algunas cosas espirituales que le cumplieran, y detuvo su viaje, porque nuevamente llegaron á sus oídos noticias repetidísimas de múltiples y porfiadas acusaciones. Nuevamente volvió á decir que si algun fundamento esas insidias tenian, las examinasen sus jueces y las definiesen con presteza, no tanto por él como por los suyos. Contestóle á esta nueva instancia el inquisidor, que tomaba por chismeras cuanto le dijeran, pero que á fin de industriarse con alguna profundidad en su doctrina, queria que le remitiese aquel libro de los ejercicios espirituales, asunto de tantas controversias. Llevóselo en efecto, y le agradó tanto su doctrina que lo vertió él mismo al francés. É Ignacio le pidió una certificacion de limpieza en su vida y ortodoxia en su enseñanza, la cual, por un escribano librada, sirvióle para dar con ella en rostro á sus numerosos enemigos.

Quien desee comprender la vida extraña y misteriosa de este hombre, de-